

La Universidad de Harvard

La Universidad más antigua de los Estados Unidos está situada en Cambridge, Massachussets, río Charles de por medio de Boston, y se conoce con el nombre de *Harvard University*. Fue en 1636 cuando la Corte General de la Colonia votó la suma de 400 libras esterlinas con el fin de fundar una escuela o colegio para el adelanto de las generaciones venideras. Al año siguiente se ordenó que el lugar en donde funcionaba ya el colegio se llamara *Cambridge*, fundándose así una nueva población, en recuerdo del ya famoso Cambridge inglés en donde la mayoría de los hombres pensantes que formaban la colonia en esa época se había educado. Pero no se crea que eran muchos; llegaban apenas a cincuenta entre los setenta colonos los que habían cursado en Inglaterra en dicha Universidad. El amor al *alma mater* no se había perdido con la expatriación voluntaria a que estaban sometidos.

Por ese entonces existía en Charleston, población de nueva fundación, como cualquiera otra de las pocas con que contaba la colonia en esa época, no muy distante de Boston, un pastor protestante llamado John Harvard, quien había llegado de la vieja Inglaterra hacía muy poco tiempo. Al morir en 1638 dejó en su testamento la suma de 780 libras esterlinas y su biblioteca consistente en unos trescientos libros, a la nueva Universidad. Los entonces encargados de la naciente institución resolvieron, en vista de lo cuantioso del legado, llamarla con el nombre de su munífico donante, y en 1639 resolvieron que ésta debía llamarse *Harvard University*. Desde entonces lleva con orgullo ese nombre que ya se ha hecho célebre entre las universidades del mundo.

Es interesante ver cómo la instrucción superior en ese gran país se ha hecho a base de donaciones particulares a instituciones alejadas del gobierno; cómo a través de los varios y de los distintos regímenes políticos se ha defendido para bien de los asociados, sin que hayan tenido esos institutos que amoldarse al partido que gobierna o éste se haya visto obligado a sostener o nombrar a sujetos con ideas educacionistas sometidas al querer sectario que por una u otra causa domine en un momento dado. La educación superior está alejada de la política y así vemos cómo las Universidades florecen, se desarrollan en un ambiente de serenidad y van dando sus frutos para bien, no sola-

mente de ellas mismas, sino para el engrandecimiento de la patria.

La Universidad de Harvard ha crecido durante estos trescientos años que lleva de vida en una forma verdaderamente increíble. Hoy cuenta con más de ocho mil estudiantes en sus diversas escuelas superiores, tiene toda clase de facilidades para dotar al país con lo mejor de su juventud estudiosa, pues allí se encuentra la manera de educar a los jóvenes en todos los ramos de la actividad humana; cuenta con elementos materiales para dejar satisfecho al padre más exigente y maestros, verdaderos maestros, en cualquier ramo de las ciencias.

No puede dejarse pasar, en una nota respecto de la Universidad de Harvard, el espíritu de sus fundadores que se halla gravado en su portal principal; está escrito en antiguo inglés y es la clave de la institución. Estas palabras mal traducidas dicen más o menos así: "Después de que Dios nos trajo a esta nueva Inglaterra y que nosotros hemos construido nuestras casas, después de que hemos conseguido lo necesario para nuestro sustento, que hemos erigido sitios en donde alabar a Dios y arreglado los asuntos para un buen gobierno en nuestro incipiente país; uno de los negocios que más nos preocupa es buscar la manera de acrecentar el avance científico y perpetuarlo a la posteridad, temiendo dejar a los que nos han de seguir un ministerio iletrado cuando nuestros ministros hayan rendido la jornada".

Se ve claro que los fundadores de la nueva república eran personas pensantes, que habían abandonado a Inglaterra por no estar de acuerdo con preceptos que creyeron falsos y fueron a buscar un campo nuevo en donde pudieran dar rienda suelta a sus principios filosóficos sin trabas ni prejuicios, fueron hombres sinceros, educados, con algún dinero y seguros de sí mismos.

No fueron similares los orígenes de la cultura europea en las dos Américas. Al sur vinieron los exploradores, aventureros los más, pobres en busca de fortuna, individuos sin cultura con el deseo vehemente de dar con "El Dorado" para rehacer o principiar una fortuna, sin pensar en sus hijos, que no los tenían, en una palabra, la hez del pueblo. En cambio, al Norte fueron, como ya lo vimos, gentes educadas en su mayoría que no iban en busca de fortuna o aventura sino guiados por el deseo de dar rienda suelta a lo que ellos consideraban su deber: era asunto de conciencia, de estar bien con Dios y poder llevar una vida austera, con libertad de pensamiento.

Si al estado de ánimo que los guió agregamos el hecho de que los del Norte de Europa dieron con sitios muy similares a los abandonados, es decir, con una zona en la cual el clima es parecido y en donde las estaciones son idénticas a las de las regiones dejadas por los colonos, de manera que no encontraron diferencia alguna en el sistema de vida ya que se daban las mismas sustancias alimenticias por ellos conocidas y las variaciones termales venían con regularidad igual a aquella en que se sucedían en el país de origen. No les ocurría lo mismo a los españoles a quienes tocó dar con la zona tropical, en donde los productos alimenticios eran y son diferentes a los usados por ellos en su país, en donde no hay estaciones, y en donde solamente las épocas de lluvia torrencial alternan con los veranos o tiempos de sequedad y en donde las plagas abundan, agravado todo con que entonces no se tenía idea de que ellas existieran.

Todos estos factores favorables a los pobladores del Norte han hecho que su avance haya sido más rápido que el nuestro, pero hay un hecho notorio, verdaderamente sorprendente y es que en medio de esa diferencia de colonos, de medio y de cultura hayamos tenido aquí la suerte de que viniera un padre dominico, Fray Cristóbal de Torres, hombre eminentísimo, quien fundó el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y le dio una estructura muy superior a la que le dieron en Cambridge los bachilleres y maestros del arte inglés a la Universidad de Harvard.

Decimos ésto basados en hechos irrefutables. Somos latinos, cogemos las cosas con apasionamiento, pero al mismo tiempo las dejamos de lado si un hecho o acontecimiento más reciente nos embarga el sentimiento y dejamos todo lo que ayer nos entusiasmó. El anglosajón no tiene esa versatilidad, él va hacia lo que se ha propuesto y nada ni nadie lo hace cambiar de rumbo. Por eso la obra de Fray Cristóbal nos entusiasma. Nos llena, porque desde un principio le dio al Colegio Mayor una orientación, y sus instituciones han seguido impertérritas a través de trescientos años escasos, sin un cambio, sin alteración a través de las múltiples mutaciones de la política. No ha crecido como lo ha hecho Harvard, pero ha dado al país, lo mismo que la famosa Universidad de los Estados Unidos, sus mejores hombres de ciencia y de lucha. No ha evolucionado, ha seguido las máximas de su fundador que fueron las de un verdadero maestro de la juventud. De sus aulas han salido los hombres pensantes de la república. De ellas salen los doctores en Filosofía y Letras, los doctores en Ciencias Políticas y los ba-

chilleres. De allí salieron quienes nos dieron la libertad de los españoles, y quienes fundaron la república. En ellas se educan actualmente tres centenares de jóvenes a quienes nunca se les ha preguntado a qué partido político pertenecen, y así vemos cómo nuestros mejores hombres de uno u otro bando político han cursado en el Colegio del Rosario.

La Universidad de Harvard tiene como uno de sus bienes más preciados la estatua de su fundador en sitio preferencial. Todos sus alumnos vamos a reverenciarla. Lo mismo tienen los rosaristas. En el patio principal de nuestro Colegio está fray Cristóbal. A él vamos sus admiradores a rendirle el tributo de agradecimiento como lo hacen en los Estados Unidos todos aquellos que sienten que un hombre sencillo, sin deseos de figurar ni mucho menos de perdurar a través de los siglos, merece el reconocimiento de la posteridad, porque con su fortuna pudo darle al país el bien máspreciado, como es el de la educación de sus hijos.

Muchos puntos de contacto y afinidad encontramos entre los dos fundadores y eso que era el uno un fraile católico, apostólico y romano y el otro un pastor protestante. Uno seguía las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino, el otro no, pero ambos buscaron la manera de educar la juventud y ambos dieron sus dineros para la obra. Pero a Fray Cristóbal en un medio que poco o nada se preocupaba por la enseñanza le tocó ver de cerca la afrentosa situación en que se hallaba la colonia y puso mano a la obra con firmeza y gran talento; el otro no hizo sino legar su fortuna y sus libros a la Universidad ya fundada. Ambos vieron y reconocieron que un país sin hombres formados en las nobles tareas de los estudios era un país abocado al fracaso. Ambos vieron la necesidad de dotar a sus respectivos países de instituciones serias, alejadas de la política y del Gobierno, en donde se formara la juventud en el estudio, sin que le fuera a entrar el furor de los partidos en lucha; que una vez formados los jóvenes pudieran tomar parte sobresaliente en el movimiento activo del país. Pero mientras se forman, mientras se hacen hombres responsables de sus actos, deben estar en una atmósfera de serenidad, de cultura y de amor al estudio que los haga prudentes, respetuosos de las opiniones ajenas, pero llenos de patriotismo y de amor al prójimo y a sus ideas, formadas en ese ambiente de cultura y al mismo tiempo de libertad.

Esto lo han conseguido en grado máximo las dos escuelas que venimos estudiando sin que haya habido, como es natural, hasta ahora, contacto alguno entre las dos facultades. Pero por



LA UNIVERSIDAD
DE HARVARD
EN 1646



LA UNIVERSIDAD
DE HARVARD
EN 1936

haber nacido tan distanciadas la una de la otra se ve que sus fundadores tuvieron hace trescientos años los mismos ideales, el mismo interés por la juventud, el mismo deseo de ver a la patria grande, rica y con un acerbo de gentes pensantes y que lo único que hace al hombre digno es el buscar el adelanto de la moral y del bien para todos.

A nosotros nos hace falta el sentir el orgullo que se siente en los Estados Unidos al ser hijo intelectual de una de sus Universidades. Y todavía más, este sentimiento allí, no es platónico; se traduce en forma de dinero para la amada *alma mater* a quien todos sus hijos desean ver cada día más grande y más influyente en los destinos de ese gran país, pues existen en la Secretaría de la Universidad empleados encargados de vigilar por la suerte de sus graduados y año tras año, en muchas universidades se lanza una lista de los puestos que ocupan sus graduados y esperan que ellos, a medida que avanzan en honores y en dinero, envíen a la tesorería de la Universidad una suma anual para que con los muchos pocos que así se recauden vaya creciendo la institución para poder educar un mayor número de individuos que le den al país fisonomía propia y realce al aula que los educó. De manera que el que tuvo la suerte de haber pasado por los claustros benditos de la Universidad tiene siempre vivo el recuerdo de ella y el deseo de su engrandecimiento.

Para terminar hacemos votos porque los rosaristas que lean estas mal pergeñadas páginas vean lo mucho que se puede hacer por el claustro que les dio todo cuanto pudo para hacerlos hombres de bien y contribuyan con dinero anualmente para su adelanto y para que pueda realizarse hasta donde sea posible el plan tan bellamente ideado por su ilustre fundador Fray Cristóbal de Torres.

JOSE MARIA MONTOYA,

Ex-alumno y doctor en medicina de la Universidad de Harvard.

